

“Magallaneidad” en verso y prosa



Guillermo Mimica Cárcamo

escritor

No creo que exista en Santiago, o en otras ciudades de ese vasto territorio situado entre Puerto Montt y Arica —para nosotros “el norte”—, gente más apegada a sus raíces que la magallánica. Históricamente, nuestra emigración ha sabido buscarse, reconocerse, unirse y, llegado el momento, mostrarse solidaria y fraterna.

El miércoles pasado, justamente, numerosos coterráneos residentes en Santiago respondieron a la invitación del destacado académico puntarenense, Nicolo Gligo, para asistir a la presentación de su último libro, “Magallanes, entre brumas de recuerdos y fantasías”; la que tuvo lugar en el Estadio Croata. El evento, al que asistieron muchos magallánicos, fue auspiciado por tres organizaciones capitalinas que llevan marca patagónica. Durante las alocuciones de bienvenida, Rossana Magas, Presidenta del Estadio Croata, Vesna Matuli, Presidenta del Círculo de Profesionales y Alejandro Peri, Presidente de la Cofradía del Calafate, valoraron la trayectoria del autor y destacaron la importancia de adherir a este encuentro. La ceremonia contó también con la animación del destacado periodista Claudio Fariña. Si agregamos al autor y al encargado de presentar el libro, había 6 “chumangos” en la testera. Pero como además debemos sumar unos 60 otros coterráneos presentes, podríamos decir que se trató de un evento magallánico “descenralizado”, realizado en Santiago.

A la labor académica y profesional de Nicolo Gligo, que lo ha llevado a ocupar importantes funciones nacionales e internacionales en la ciencia agropecuaria y medioambiental, se suma su talento literario. Y así lo destacamos, al comentar su sexta publicación.

“Magallanes me ata”, nos dice Gligo desde el comienzo de su prólogo, tal vez para advertirnos que lo suyo lleva sello y marca. Recuerdo que, desde las primeras páginas de mi lectura, me vino la imagen del talentoso Belarmino Sánchez, autor de mágicas canciones patagónicas, y me quedé pensando en aquella que más de alguna vez canté en mi juventud: “Donde termina el horizonte”. Sí, igual que la famosa novela de Nicolas Mihovilovi, editada años des-

pués. Rememorándola, me quedé prendido de su primera estrofa, esa que dice: “caminante sin camino, entre el cielo y el silencio, llegarás a tu destino”. Es que también este libro, cual ovejero errante, cabalga por praderas desoladas y cruza las tranqueras de los campos fueguinos. En su forma, es una obra original, compuesta, en su primera parte, por cuentos y relatos, los que se sitúan en Magallanes, la verdadera patria del escritor, si acaso tomamos la acepción del poeta Baudelaire de “la patria es la infancia”. Hay también una segunda parte con poemas, algunos inéditos, otros ya publicados, ahora dentro de un solo compendio, en el que se aprecia la trascendencia del escritor por sobre el académico, capaz de transformar la realidad en arte y las anécdotas personales en vivencia universales. Al deleitarnos con esos versos, vinieron a golpear la ventana de nuestra nostalgia, otros grandes poetas, como Pepe Grimaldi, Rolando Cárdenas, Pavel Oyarzún, Aristóteles España, Cristián Formoso, Óscar Barrientos... inventores de extrañas realidades y mundos a través de la sonoridad de sus letras y las transgresiones plasmadas en sus obras. En su trabajo, Gligo va esculpiendo la naturaleza patagónica hecha de campo y pueblo, la bravura de hombres y mujeres humildes dentro de un territorio sin límites, y sin otro fin que el fin del mundo, más allá del sur del tango de Homero Manzi y Anibal Troilo con su “nostalgia de las cosas que han pasado”. Sí; lo que nos entrega Gligo puede compararse a lo que escribe y canta Eladía Blázquez, evocando a su padre, esa “abeja en la colmena, de manos limpias y el alma buena”. Hermanándose con ella en una sola voz y pluma, nos dicen al unísono que “la distancia no es real” y que es posible “volver a la niñez desde la luz” cuando se ha mantenido “el corazón mirando al sur”. Como bien lo afirma el propio autor en el poema final de su libro, lo suyo es “un canto a la naturaleza latinoamericana desde el vértice austral de Magallanes”. Orgulloso, es a ese canto del amigo coterráneo al que asistimos el miércoles para comentar su obra, en lo que fue un encuentro fraterno con un hermoso sello de “magallaneidad”.